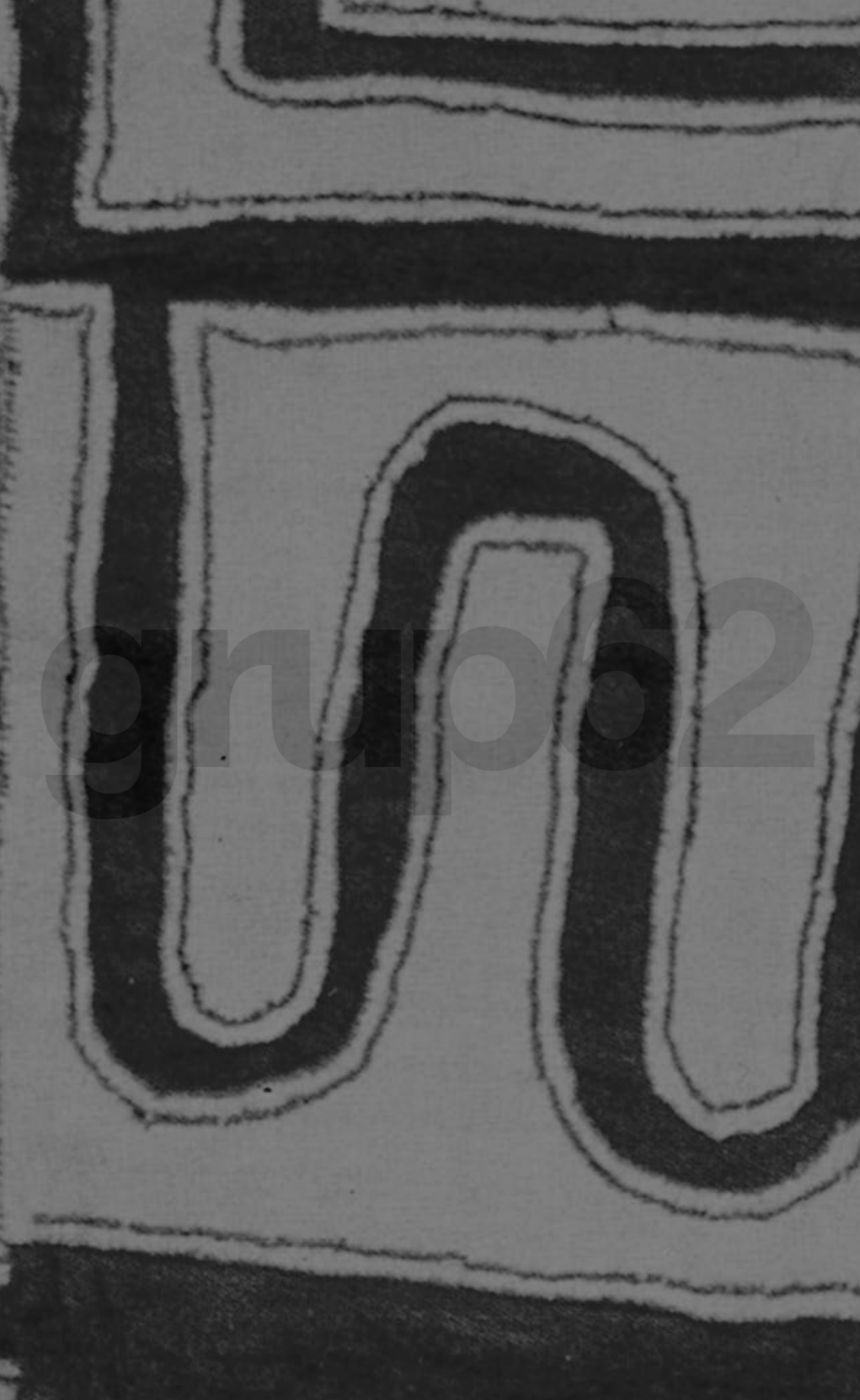


LOS TAMBORES DE LA MEMORIA

Boubacar Boris Diop

El Aleph · ElCobre





grup62



El Aleph Editores • Ediciones ElCobre



LOS TAMBORES DE LA MEMORIA

Boubacar Boris Diop

grup62

Colección Casa África
Título original: *Les tambours de la mémoire*
© Editions Harmattan, 1990
Diseño gráfico: G. Gauger

Primera edición: abril de 2011
© de la traducción: Manuel Serrat Crespo

La edición de este libro ha sido
patrocinada por



CASA ÁFRICA

La Colección Casa África responde a los objetivos del Plan
Nacional para la Alianza de Civilizaciones



© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U.,
El Aleph Editores
Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona
correu@grup62.com
www.grup62.com

Fotocompuesto en TGA
Impreso en Bookprint
Depósito legal: B-14.142-2011
ISBN: 978-84-7669-987-4

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones
establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial
de esta obra por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o
préstamo públicos.

LOS TAMBORES DE LA MEMORIA

Boubacar Boris Diop

El Aleph Editores

ElCobre

Traducción del francés de Manuel Serrat Crespo

grup62

*A Mangoné Niang y Ousseynon Béye.
Para Mintou y los niños.*

grup62

Primera parte

grup62

U n o

Los primeros ruidos de la ciudad me llegan como apagados. En la penumbra del dormitorio, con las persianas aún cerradas, las minuterías del pequeño reloj de pared indican vagamente que pronto van a ser las 7 y media. Vuelvo lentamente la cabeza del lado de la pared: como esperaba, el lugar de Ndella está vacío. En cuanto me dormí, bastante avanzada la noche, pues dos o tres horas después de volver del cine hicimos el amor con acrobacias de monos sobreexcitados (a veces, llamo a Ndella mi animalito en celo), debió de largarse al salón de puntillas, con el pretexto de empollar, en realidad para huir de mis ronquidos que le parecen cada vez más insoportables. Saliendo a regañadientes de mi gruesa manta, voy a abrir la ventana que da a la gran avenida. Caen todavía finas gotas de lluvia; me asomo un poco. Calles negras y húmedas bajo un cielo gris y como inamistoso, viandantes poco despiertos aún; vista desde arriba, toda esa gente hace pensar en seres casi inhumanos bajo sus paraguas oscuros, algo como bes-tezuelas alerta que se cruzan sin verse bajo la lluvia. Justo debajo de nuestro inmueble, un autobús acaba de dejar a sus pasajeros. Intentando evitar no sé qué, uno de ellos, un viejo flacucho con un sabador gris, pierde pie, choca con el quiosco de periódicos y se encuentra

bajo los gigantescos neumáticos del autobús. Se eleva de inmediato un inmenso clamor: al menor movimiento del vehículo, el viejo la palmará. El conductor acaba comprendiendo lo que sucede y el revisor hace grandes gestos furiosos dirigiéndose a la multitud: el pobre está harto ya de esa jornada que, sin embargo, acaba apenas de empezar... Se apresuran a retirar al viejo, muy conmocionado ya, de debajo del autobús. El conductor arranca ruidosamente, tengo incluso la impresión de oír cómo la masa amarillenta del autobús suelta un violento grito de cólera... Me siento de pronto lleno de vigor: el aire fresco y puro de la mañana, esas pequeñas emociones que suben hasta mí desde la calle...

En el salón, encuentro el desorden típico de los períodos en los que Ndella pretende preparar febrilmente sus exámenes. Sus libros cubren la gran cama circular que le sirve de mesa de trabajo. Desde hace dos meses, no deja de echar pestes contra los estudiantes de Letras que han conseguido arrastrar a su huelga a todas las demás facultades. Resultado: varias semanas de disturbios, la sesión de junio anulada y una sesión única en octubre. Y, claro está, mi buena y pequeña esposa obligada a permanecer enclaustrada durante todas las vacaciones para obtener por fin esa licenciatura en matemáticas difusamente mítica. En realidad, se limita a apelotonarse voluptuosamente en la cama, rodeada de sus cuadernos y libros, con los ojos inmensos y lascivos mirando al vacío hasta que llegue el sueño. De hecho, cuando abandonando mi observatorio atravesado sin ruido el salón para hacerme un café en la cocina, Ndella está desde hace tiempo sumida en un apacible y profundo sueño, con la cabeza sobre su gran

carpeta marrón. A su lado, el inevitable tubo amarillo de Vitascorbol que, supuestamente, iba a mantenerla despierta...

Al regresar de la cocina, me he sentado en el suelo y he encendido un gauloise. ¿Despertar a Ndella y ponerla al corriente de la terrible noticia? Vacilo. ¡Tiene unas reacciones tan imprevisibles! Es perfectamente capaz de fulminarme con la mirada durante unos minutos y gruñir algo que signifique, poco más o menos, que el asesinato o el suicidio de Fadel Sarr no era en absoluto problema suyo, que él se lo había buscado y que si Fadel hubiera permanecido bien calentito en su casa, como todo el mundo, en vez de meter la nariz en esa complicada historia en el lejano reino de Wissombo, no le habría sucedido nada. No pueden imaginar el cuidado que pone, Ndella, en hacer creer que se toma la vida como es y que nada en esta tierra tiene realmente importancia para ella. Cada vez que la observo como en ese momento, me impresiona su extremada delgadez, sus nalgas estrechas y, por así decirlo, elevadas, su pelo corto, la inmensidad de sus ojos de la que creo haberles hablado ya, en resumen, todos esos signos que, en mi humilde opinión, identifican de un modo tan misterioso como infalible a las intelectuales emancipadas que no se dejan pisotear.

Si hubieran conocido a Ndella hace unos diez años, me refiero a la época en que vivía con Fadel, en concubinato (utilizo esta palabra sin el menor rencor, es la única adecuada)... Era realmente difícil encontrar a una muchacha más excéntrica en toda la ciudad. Siempre agresivamente mal vestida, iba descalza y fumaba en pipa

(«como la reina Ndatté Yalla del Waalo», decía con aire burlón a quienes cometían la ingenuidad de escandalizarse). Su afición absolutamente perversa por los malentendidos la llevaba, ciertas noches, a prostituirse para lograr algún dinero y luego, cuando el cliente saciado le tendía los billetes de banco, renunciar a ellos para estar segura, le explicaba al atónito señor, de haber gemido de modo desinteresado, una noche cualquiera entre las innumerables noches de su vida, en brazos de un desconocido. Cierta vez, Ndella había elegido a una docena de mendigos entre los más espectacularmente tullidos de la capital y los había invitado a almorzar en el Dial Diop, ya saben, aquel restaurante especialmente chic que estaba en la calle Mac-Mahon, en el perímetro que demolieron recientemente para construir, al parecer, un supermercado; de hecho es una simple suposición, casi nadie sabe con precisión qué están haciendo esas grandes palas mecánicas, esas grúas amarillas y todos esos obreros que se atarean a veces más allá de las horas normales de trabajo: hay una obra, eso es todo; antes era, pues, el Dial Diop. La entrada de Ndella cuando daban las doce del mediodía hizo efecto aquel día, es lo menos que puede decirse; el patrón, un buen hombre siempre sonriente, estaba por completo aterrorizado; Ndella, en cambio, segura de su derecho, perfectamente cómoda entre aquellos tullidos de muñones purulentos que saboreaban, por primera vez en su vida, cosas tan buenas —chile con carne, profiteroles de chocolate, hígado de ternera con perejil— ante las fascinadas miradas de los escasos clientes a quienes el asco no había expulsado (éstos habían comprendido, diría ella más tarde, que la belleza nada tiene que ver, nunca, con las

hermosas cosas insípidas)... Cómo llegué a casarme con semejante muchacha lo sabrán, tal vez, más tarde, aunque no estoy del todo seguro de saberlo realmente yo mismo, es de tanta complejidad el encabestramiento de las circunstancias que desembocaron, de pronto, en mi boda con Ndella. Lo único que puede considerarse seguro es que Mame Ndella Sy desprecia a todo el mundo, incluyéndome a mí; debiera decir mejor: comenzando por mí, su esposo. A todo el mundo salvo a Fadel Sarr a quien, por razones que sólo ella conoce, siempre ha considerado una especie de semidiós. Probablemente el nombre de Fadel no les diga nada. Pero no pueden no haber oído hablar de su padre, El Hadj Madické Sarr, ministro de eso y de aquello, presidente de la Asamblea Popular durante cinco años, ahora hombre de negocios próspero, influyente y respetado. Se dice incluso que el mayor Adelezo solicita regularmente su opinión sobre algunas cuestiones delicadas. A esta hora, El Hadj Madické Sarr no sabe todavía que su hijo Fadel (que era mi amigo) ha muerto en una pequeña aldea del reino de Wissombo. Me será necesario pasar a informarle unos momentos antes de ir al depósito. Sólo Dios sabe cómo el viejo Madické y su familia se tomarán la terrible noticia.

Fadel se encontraba desde hacía unos años en Wissombo, capital del antiguo reino del mismo nombre. Había desembarcado un lunes, la víspera de su partida, en mi despacho y me había preguntado si podía dejarle a la mañana siguiente, muy temprano, en la estación de autobuses. Yo estaba tanto más encantado de prestar ese

servicio a Fadel cuanto era una de las pocas veces en que le veía pedir uno. Era un tipo muy orgulloso. Cuando estábamos acercándonos a la estación de autobuses, me anunció con sencillez que iba en busca de la reina Johanna Simentho. De momento, no comprendí bien lo que quería decir. Recuerdo que desde que salimos de casa de Ndella donde él había pasado la noche (ella ni siquiera se había dignado llegar hasta el umbral de su casa para hacerle señales de despedida con la mano y secarse algunas lágrimas, su corazón siempre ha estado seco), Fadel no había despegado los labios ni una sola vez, una actitud que le era habitual y que me exasperaba hasta el más alto grado. Debo decirles que, a pesar de su aparente timidez, Fadel tenía la pretensión de ser un espíritu superior para quien decir cosas ordinarias, como ustedes o yo, habría sido signo de una inadmisiblemente decrepitud intelectual. Jamás, por ejemplo, se le habría ocurrido la idea de silbar al paso de una muchacha hermosa o de hablar sencillamente de un partido de baloncesto. Yo me había dado cuenta con enojo de que antes de condescender a informarme de su gran proyecto, mi amigo le había dado vueltas y vueltas a la cuestión en su gruesa cabeza. Por pura cortesía fingí sentirme interesado:

—¿La reina Johanna?

Ninguna palabra puede expresar con fuerza bastante el extraño fulgor que transfiguró en un relámpago el rostro de Fadel. Todo había ocurrido muy deprisa, realmente muy deprisa. Él recuperó casi de inmediato su aire de cada día. Cuando llegamos, Fadel pareció querer darme explicaciones pero no tuvo tiempo de hacerlo: el chófer del autobús comenzó a dar bocinazos con

impaciencia para anunciar la partida. Fadel me estrechó la mano sin decir palabra. Es cierto, yo le había oído hablar a menudo de esa reina Johanna Simentho pero sin prestarle mucha atención. Para mí, no cabía duda alguna de que Fadel había imaginado toda aquella complicada historia para justificar sus suntuosos caprichos de hijo de millonario ocioso y no del todo tonto. Cuando me dio la espalda para ocupar su lugar en la parte trasera del autobús, permanecí como fascinado por la impresión de serena indolencia y de cansancio que de él se desprendían. Naturalmente, yo ignoraba que nunca volvería a ver vivo a Fadel.

Ayer, finalizando ya mi jornada de trabajo, recibí una llamada telefónica.

—¿El señor Ismaila Ndiaye de la Nueva Aseguradora?

—Al aparato, señora.

—¿Quiere pasar enseguida por el hospital del 20 de Julio? Es muy urgente, señor Ndiaye.

—¿Qué ocurre?

—Uno de sus parientes o uno de sus amigos, no lo sé, ha muerto en un accidente de carretera.

Creí que iba a volverme loco.

—¿Cómo que no lo sabe, señora? ¿Se está burlando de mí?

—No se ponga nervioso, señor Ndiaye. Se lo explicaré.

—¿Pero de quién se trata?

—Se llama Fadel... Aguarde...

—¡Fadel Sarr!

—Sí, es él. El cuerpo está...

—Gracias, señora. Voy enseguida.

Colgué con brutalidad. Debo reconocer, a riesgo de hacerles dar un brinco de indignación, que no pude contener una vaga sensación de alivio. Entendámonos bien: no deseaba en absoluto la muerte de Fadel, soy como ustedes poco más o menos, sano de cuerpo y de espíritu, y no deseo en principio la muerte de nadie. Pero las cosas son siempre más complejas de lo que parecen a primera vista. Durante unos segundos, por culpa de los melindres de aquella buena mujer, debí de pasar revista a la lista de mis amigos y parientes, temiendo lo peor para cada uno de ellos. Hubiera podido tratarse de alguien con quien yo había jugado a las cartas la víspera, o de uno de mis hermanos. No es culpa mía si (permítanme esa imagen) la cuchilla cayó sobre alguien al que no había visto desde hacía siete años, alguien por quien sentía estima, es cierto, pero que no era mi mejor amigo. Estoy dispuesto a jurar por el Santo Corán que el hecho de que Ndella hubiera sido su amante nada tiene que ver en este asunto.

En vez de ir, como le había prometido a la enfermera, al hospital del 20 de Julio, regresé aquí, a casa. Después de cenar, Ndella y yo fuimos a ver *Witness* al cine ABC y, entre tanto, no dejé de buscar un medio de informarla con cuidado. Al salir del cine, nos encontramos con Mathias, uno de mis numerosos amigos a los que Ndella no puede ni ver. Mathias la saludó con frialdad, in-

clinando la cabeza, y luego me invitó a seguirle. Pensé enojado que iba a hablarme otra vez de sus conquistas femeninas. Pero no, Mathias me mostró un magnífico Mitsubishi nuevo. Acababa de comprarlo y estaba muy excitado. Me forzó literalmente a sentarme a su lado para que admirara el salpicadero. Naturalmente, Mathias tenía una idea en la cabeza. Recordé de pronto, asqueado, que desde mi nombramiento para el puesto de director general de la Sociedad de la Nueva Aseguradora, Mathias me acosaba a preguntas sobre las posibilidades de exoneración o reducción para los automóviles de turismo. Contaba conmigo para no pagar nada.

—¿Sabes? —le dije con gravedad para segarle la hierba bajo los pies—, acabo de enterarme de que Fadel ha muerto. No sé aún cómo decírselo a Ndella.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Un accidente, creo.

Mathias parecía escéptico. Pensaba en un asesinato político perpetrado por los hombres del mayor Adelezo pero, dado que acababa de comprarse un Mitsubishi nuevo tras muchas privaciones, no se trataba de decir esas cosas en voz alta. Además, Mathias había siempre detestado francamente a Fadel. Desde este punto de vista, y dicho sea sin cinismo alguno, no estaba tan mal que Fadel hubiera sido aplastado por un mal conductor. Pero tengo buenas razones para creer que Mathias se habría sentido menos frustrado si Fadel hubiera muerto durante los acontecimientos de Wissombo, ya saben, esos famosos acontecimientos de los que todos hablan en voz baja, evitando incluso que les oiga su propia sombra. Mathias habría visto en ello, sin duda,

cierta forma de justicia y me parece oírle decir de antemano, triunfante, con el corazón lleno de odio: «¡Le está bien empleado, eh!».

Ndella me dijo, un día que se sentía propensa a las confidencias:

—¿Sabes, marido mío? Fadel y yo nos separamos porque yo estaba celosa.

Sonreí:

—¿Celosa, tú?

La creía incapaz de experimentar semejante sentimiento y, puesto que eso me convenía, la alenté a perseverar por ese justo camino.

—Te hablo muy seriamente. Acabé comprendiendo que, durante toda su vida, Fadel nunca amaría a otra persona que no fuera Johanna.

Sentí que la tierra se abría bajo mis pies. ¿Acaso esos dos habían decidido volverme loco? ¿Fadel enamorado de una reina casi imaginaria? Sin duda no soy de muchas luces pero soy de aquéllos para quienes, cuanto más cuadradas son las cosas, mejor es.

Esa mañana, ante Ndella dormida, bebo lentamente mi café y no consigo expulsar la imagen de Fadel murmurándome casi, con su voz indolente, con aquel aire fúnebre que tenía en ciertos momentos:

—Para mí, Ismaila, el mundo se divide ahora en dos, están los que creen en Johanna y los que no creen en ella.

Naturalmente, no pude resistir la tentación de sustituir «Johanna» por «Dios». Fadel se limitó a encogerse de hombros. Comprendí que consideraba mi pequeño cerebro indigno de sus eruditas elucubraciones, lo que me enojó mucho, lo reconozco. A continuación, me pregunté si aquel día no me había mostrado demasiado susceptible. Pues su gesto había podido también significar: «¿Y por qué no?».

Tras la partida de Fadel hacia Wissombo, Ndella había cambiado por completo. Se había convertido, por así decirlo, en otra persona. Siempre me ha parecido extraño que no siguiera a su gran hombre hasta Wissombo. Me gusta mucho pensar, por vanidad a veces, que se quedó por mí. Pues, a fin de cuentas —¿por qué ocultárselo por más tiempo?—, Ndella y yo habíamos comenzado a pegar algunos polvos meses antes de que Fadel abandonase Dakar. Para decir las cosas crudamente, engañaba a su semidiós con un pobre mortal como servidor de ustedes. Por mucho que una simpática voz interior se esfuerce sin cesar en tranquilizarme («No te preocupes, Ismaila, si ella decidió vivir contigo es porque te ama de verdad»), de nada sirve, mi malestar persiste. No puedo resignarme a esa trágica evidencia: las razones por las que una mujer desprecia al hombre con quien vive son siempre tan profundas y definitivas que la menor protesta puede parecer un cuestionamiento del inmutable orden del universo. Mi único consuelo, bastante mezquino a decir verdad, es decir que Ndella está tan atrapada como yo. Sí, a menudo como convulsiones de su conciencia, los chorros nos-

tálgicos de una vida anterior como un animal enjaulado sacudido de pronto por la llamada de la selva...

Tras haber tomado una ducha, decidí dejar una nota a Ndella.

«Pajarito mío, he oído decir que le ha sucedido algo a nuestro Fadel. No te preocupes, voy a buscar noticias.» Tal vez eso les haga estremecerse, pero no me avergüenza en absoluto mi cinismo.

grup62